

la o. e. a. y cuba

SI la reciente reunión de cancilleres americanos se hubiera realizado un año antes, cualquier análisis posterior hubiera permitido establecer más claramente cuál era, en verdad, el fondo de la cuestión que agitaba los medios políticos continentales. Pero no fue así, y la conferencia estuvo signada por la inoportunidad de su convocatoria, lo que nos deja ante un hecho consumado cuyas consecuencias son difíciles de sopesar.

Cualquiera que conozca medianamente bien el mecanismo de la política norteamericana, tiene que preguntarse cómo es posible que, a escasos tres meses de una elección presidencial, se pongan a prueba las verdaderas intenciones del gobierno de Washington. Porque Lyndon Johnson no es hoy el hombre que pueda adoptar determinadas posturas políticas o señalar rumbos nuevos sin arriesgar una derrota en los comicios de noviembre.

Eso es lo corriente para un presidente que busca afanosamente la reelección. Y lo es mucho más para uno que, por razones obvias, es prisionero de una herencia que la historia le legó, y que, para colmo, enfrenta a un adversario tan particular como Barry Morris Goldwater.

La presencia de éste puede interpretarse de muchas maneras: como un fenómeno de la llamada derecha norteamericana, como una manifestación de agresividad de determinados sectores, como una reacción de un sector de la opinión pública de Estados Unidos contra ciertos hechos. (La cuestión racial o la amenaza a la supremacía política norteamericana por parte de sus mismos aliados son, para muchos, manifestaciones de una frustración nacional que difícilmente se avienen a aceptar, por ejemplo). Cualquier explicación, en fin, puede parecer buena, y no cabe duda de que, en los próximos tiempos, conoceremos una abundante bibliografía sobre el tema.

Pero, para los políticos estadounidenses, Goldwater no es sólo un fenómeno a explicar, sino una realidad que hay que tener presente. Goldwater es el hombre que adquiere popularidad prometiendo una política de victoria, en un momento en que el mundo comenzaba a acostumbrarse a la idea de que estos eran conceptos gastados. Goldwater es el candidato sin matices, cuya filosofía política lo juega todo a cara o cruz. Por eso, no hay alternativas en cuanto a la acción a seguir en materia de política internacional: para el goldwaterismo, deben ser derrotados el guerrillero vietnamita, el agresor ruso, el régimen habanero.

Esa realidad es la que pesa en las consideraciones diarias de quienes elaboran la política norteamericana hoy. ¿Cómo responder a ella?

* * *

A un hombre como el que el partido Republicano quiere llevar a la Casa Blanca no se le puede oponer una ingeniosa teoría sobre el devenir histórico, sobre las esferas de influencias, sobre la irreversibilidad de ciertos hechos. Muchos menos, sobre la eventualidad de un entendimiento entre Fidel Castro y Estados Unidos. No en estos momentos.

Por eso, es difícil establecer si lo que Estados Unidos buscaba en la conferencia de cancilleres era un paso más tendiente al estrangulamiento de Castro, o simplemente una forma de calmar a Goldwater; si lo que realmente tuvo valor para diplomáticos como Dean Rusk fue la mediocre realidad latinoamericana o la tesis de que, en definitiva, el problema cubano es un problema de guerra fría que se negocia directamente por intermedio de esa línea telefónica que une la Casa Blanca con alguna oficina del Kremlín.

De las 19 delegaciones presentes en la reunión, casi la mitad preferían creer en esta última posibilidad. "Esto no es un problema latinoamericano, sino un negocio de Rusia y Estados Unidos", confió un miembro de la delegación argentina a un periodista. "Por otro lado, lo que aquí se busca es inconducente: las medidas solicitadas no harán mella en el régimen castrista".

Miguel Angel Zavala Ortiz, el canciller argentino,

confirmó esta impresión al decir en su discurso inaugural que “está claro que no hemos intervenido ni intervendremos en los problemas internos de Cuba. Por otra parte, existe una experimentada opinión de que las medidas sugeridas en esta reunión no son ni serán eficaces. Nadie ignora que Cuba está dentro de un sistema político internacional y que, en consecuencia, difícilmente pueda quedar aislada por la contribución de cuatro países americanos cuando no se consiguió aislarla por la acción de los 16 países restantes”.

El aislamiento que se buscaba era, en verdad, más teórico que práctico, y el canciller argentino produjo una verdadera conmoción al tratar el tema con esa franqueza. Muchas de las pequeñas naciones del Caribe que se afanaron por obtener una sanción (que sólo las habría satisfecho moralmente) no podían entender este planteo. Por dos días, la Argentina fue el centro de las críticas más agudas —y violentas— en el edificio de la Unión Panamericana.

Sin embargo, cuando Zavala Ortiz sacó a relucir las cifras del intercambio comercial cubano, los argumentos de sus adversarios se terminaron. Cuba, dijo, comerció por 730 millones de dólares en 1963. De esa suma, 620 millones correspondieron al bloque comunista, 110 a países occidentales, aliados políticos y militares de Washington; sólo seis millones a Latinoamérica. El bloqueo, pues, debía buscarse en otra parte.

* * *

El único fruto posible de la reunión era político. En el pensamiento de la delegación argentina (en la cual coincidieron hombres de distintas corrientes políticas) eso exigía que las cosas se hubiesen planteado en forma distinta. “A esta reunión —habría expresado Zavala Ortiz— debía haberse venido a cambiar ideas”. Sin embargo, cada país expuso por anticipado su posición, en discursos público, y las ideas, lamentablemente, comenzaron a cambiarse cuando todos aparecían en actitudes casi irreductibles. De allí en adelante, pues, la conclusión de un acuerdo general fue más difícil, y a la Argentina le tocó, quizá, el papel más duro, al tener que opinar y votar por sí misma, teniendo en considera-

ción los problemas de sus vecinos, tres de los cuales —Chile, Bolivia, Uruguay— adoptaron una posición disidente hasta último momento.

Esta situación se agravó por la actitud brasileña. Quizá por vez primera en la historia del panamericanismo, Brasil abandonó su tradicional posición independiente y sus diplomáticos no hicieron el juego de “niños terribles”. El consenso general fue que sólo estuvieron guiados —y en esto no rompieron tradición alguna— por su interés particular, que consistió en ganar prestigio para el régimen de Catello Branco. Extrañamente, Venezuela, que fue el país que solicitó la reunión, no reconoce como legítimo a seis gobiernos cuyos votos fueron decisivos y entre los cuales se cuenta el de Brasil.

Por una ironía, fue la Argentina, sin embargo, quien más colaboró para dar solución al conflicto de fondo, al sugerir que, de ahora en adelante, se considere agresión el respaldo a la subversión desde el extranjero. “Esto es una actualización del fenómeno moderno de la guerra revolucionaria dentro de los esquemas jurídicos actuales”, explicó un diplomático argentino. “Era necesaria”.

Ese aporte, que, sigue una tradición argentina en materia de precedentes jurídicos internacionales, es lo único que permitirá, en un futuro, salir al paso de Castro o de quien fuere, cuando se fomente la subversión en un país ajeno. Cómo va a ser utilizado ese principio es algo que no puede preverse. Pero, desde luego, si los valores, jurídicos tienen algún valor en una comunidad internacional, la Argentina puede decir que ha contribuido notablemente, en una oportunidad de la que poco se esperaba.

El saldo de esta novena reunión de consulta de ministros de relaciones exteriores americanos es pobre. Castro sigue inmutable. Estados Unidos preocupado por una campaña en la que sólo intervienen algunos platos fuerte (Viet Nam, Harlem). Y América Latina, aún dividida, frente a un fenómeno como el castismo. Lo que es más, peligrosamente dividida —e ignorante— ante realidades económicas, sociales y espirituales, sobre los que no se dijo una sola palabra en Washington.

La Dirección